LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 1.° DE JULIO DE 1889 — NÚM. 392

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ODALISCA, cuadro de F. Masriera, adquirido por S. M. el Rey de Portugal

SUMARIO

Texto. — *Nuestros grabados.* — *Los tres encuentros*, por don Carlos Quevedo. — *Mirtila y sus tres enamorados*, por don F. Moreno Godino, (conclusión). — *Monólogo de una mosca*, por don Luis Coll. — *El grafófono de M. Carlos Sumner Tainter.*

Grabados. — *Odalisca*, cuadro de F. Masriera, grabado por Sadurní, adquirido por S. M. el Rey de Portugal. — *¡Eh de la barca!* cuadro de R. Knight. — *Hilos de la Virgen*, cuadro de Mr. Hipólito Lucas, grabado por Baude. — *La ola*, cuadro por Mme. Dumont-Bretón, grabado por Baude. — *Estudio*, de Federico Hiddemann. — *Elena*, cuadro de E. de Blaas, grabado por Bong. — *Un duelo á espada y daga* cuadro de Juan Pettie. — *Fig. 1. — Grafófono (inscripción).* — *Fig. 2. — Grafófono (reproducción).*

NUESTROS GRABADOS

LA ODALISCA,
cuadro de F. Masriera, grabado por Sadurní.
Adquirido por S. M. el Rey de Portugal

Muellemente recostada en blandos cojines, reclinada la hermosa cabeza sobre escultural brazo, al aire el seno de morbidez perfecta, envuelto el cuerpo en ligeras y transparentes gasas que apenas velan las formas dejando entrever la corrección de sus irreprochables contornos, apoyado el breve pie en mullida almohada y aspirando el embriagador perfume que se escapa de artístico pebetero, la odalisca de Masriera es la personificación idealizada de esa esclava del harem imperial destinada al servicio de las mujeres del sultán, es la encarnación viva de esas desdichadas cuya misión se reduce á hacer menos amarga la prisión de otras desdichadas si más poderosas no más libres.

La obra de Masriera es una obra acabada.

Prescindamos de las innumerables bellezas de la figura, olvidemos por un momento la riqueza del ropaje que la envuelve y de los tapices sobre que descansa, hagamos caso omiso de la exuberante fantasía del artista que ha sabido acumular alrededor de ella los más preciados accesorios agrupándolos con el exquisito gusto á que tan acostumbrados nos tiene Masriera. Pues bien, aun despojando al cuadro de todas estas perfecciones, quédanos la expresión de aquel rostro, la languidez de aquellos ojos, la sensualidad de aquella boca y el abandono genuinamente oriental de aquel cuerpo, excelencias que por sí solas constituirán otros tantos laureles que añadir á los muchos y muy valiosos que ciñen la frente de nuestro ilustre compatriota.

Tiene, además, el cuadro otro encanto, el más notable quizás, que el grabado no puede reproducir pero que admiraron cuantos vieron el original: la brillantez y riqueza de colores, cualidades en las cuales no muchos artistas aventajan á Masriera, maestro como pocos en el arte de hacer simpáticas las más atrevidas tintas y de graduar suavemente los tonos más opuestos.

¡EH DE LA BARCA! cuadro de R. Knight

Terminó la hora del mercado y con las cestas vacías y los bolsillos modestamente repletos vuelven las dos campesinas á su pintoresca aldea á disfrutar de la paz y del descanso de sus apacibles hogares. La jornada ha sido pesada pero productiva; bien pueden, por lo tanto, permitirse el lujo de atravesar en barca el tranquilo lago ahorrándose con ello un largo rodeo que retardaría el grato momento de regresar al seno de la familia.

No podríamos, aunque quisiéramos, encontrar el menor defecto en el bellísimo lienzo de Knight: todo en él es verdad, las figuras tienen vida y casi diríamos movimiento, los árboles parecen mecerse á impulsos de suave brisa y las aguas del lago son de una limpidez y transparencia inmejorables. El conjunto del paisaje es encantador y al contemplar las blancas casitas que abrigan con sus espesos follajes seculares alamedas, envidiamos á los felices moradores de tan apacibles soledades y decimos con el poeta latino: *Beatus ille qui procul negotiis!...!*

HILOS DE LA VIRGEN,
cuadro de M. Hipólito Lucas, grabado por Baude

(Exposición Universal de París)

Dan en Francia el nombre de hilos de la Virgen á las telarañas que desprendidas de los árboles por el peso de la humedad revolotean por el aire durante el otoño. ¿Cuál es el origen de esta denominación? Hélo aquí, según una antigua canción popular, sencilla como todo lo que para el pueblo se escribe, poética como todo lo que se inspira en la fe despojada de confusiones y artificios.

Rendida por el trabajo ha buscado la Virgen la frescura de la tarde en la terraza desde donde se descubre un hermoso panorama. La quietud del sitio, la soledad que la rodea, el embalsamado ambiente que respira y los melancólicos tintes del crepúsculo que la van envolviendo en sus sombras han cerrado insensiblemente sus párpados sumiéndola en inocente y dulce sueño mientras las golondrinas se posan sobre su inmóvil rueca, hacen presa en el copo de blanco lino y se lanzan veloces por los aires llevando en sus picos tenues hebras que servirán de mullido tapiz á sus pequeñuelos.

¡Cuán bien ha sabido Lucas trasladar al lienzo esta sentida leyenda! ¡Cuánta belleza, cuánta sencillez, cuánta poesía encierra este cuadro! La actitud y el semblante de la Virgen respiran inocencia y reposo celestiales; las golondrinas, modelo de gracia, casi dejan entrever en el afán con que llevan á cabo su obra de destrucción que comprenden el valor excepcional de aquellos hilos hechos por divinas manos; la naturaleza está sumida en la más completa calma y la pálida luna se esconde cual si temiera turbar con su indiscreta luz el sueño santo de María.

Quizás los adeptos de la escuela realista se muestren severos ó cuando menos indiferentes con este cuadro tan opuesto á sus tendencias, pero nosotros que nos deleitamos con lo bello cualquiera que sea la forma bajo que se nos presente y que aplaudimos lo bueno donde quiera que lo veamos, no podemos menos de ensalzar como se merece esta pintura que después de brillar en el Salón de este año figura dignamente en la Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal.

LA OLA, cuadro de Mme. Demont Bretón

(Exposición Universal de París)

La contemplación del mar produce las más encontradas impresiones: mueve el ánimo á la melancolía cuando sus azuladas aguas lamen apacibles la superficie lisa de una playa cubierta de finísima arena; llena el alma de terror cuando sus encrespadas olas se estrellan con furia contra los peñascos de acantilada costa: encanta cuando con suave murmullo besa la tierra que suavemente le ataja en su marcha, sobrecoge cuando ruge al chocar contra abrupta muralla que le hace ver su impotencia. Pero en todos los casos la vista del mar atrae como atraen el abismo y el fuego.

Dígalo, sino, la infantil pareja tan deliciosamente pintada por Mme. Demont-Bretón: la marea sube, las olas sucédense cada vez más elevadas, pronto el peñasco en que aquélla descansa será por ellas barrido y sin embargo las dos tiernas criaturas permanecen inmóviles como magnetizadas por las fosforescencias marinas y apenas si el instinto de conservación las acerca y las impulsa casi involuntariamente á cogerse y á apoyarse la una en la otra.

El cuadro que reproducimos es hermoso bajo todos conceptos: el lejano horizonte, las verdosas aguas, los negruzcos peñascos, las dos lindas figuritas, todo en él está tan perfectamente tratado que no parece sino que el espectador asiste realmente á una de estas sublimes escenas de la naturaleza, de esta madre del arte y manantial inagotable de inspiración para los artistas que como Mme. Demont-Bretón saben comprenderla.

ESTUDIO, de Federico Hiddemann

Nada tan fácil á un artista como trazar con pocas líneas un croquis que dé una idea del objeto que se quiere reproducir, pero esta misma facilidad constituye las más de las veces un escollo para el artista, pues de no acertar éste con el justo medio que en tal linaje de obras se requiere expónese á hacer un verdadero dibujo acabado si peca por exceso ó á emborronar simplemente un papel si incurre en el opuesto vicio de pecar por defecto.

A nuestro modo de ver, Hiddemann nos presenta con su estudio un buen modelo para esta clase de trabajos, dando con él pruebas de poseer aquella difícil facilidad de que nos habla Cervantes.

ELENA, cuadro de E. de Blaas, grabado por Bong

¿Joven, hermosa y pensativa...? ¿quién será él? Hé aquí dos preguntas que se completan: podremos no acertar con quién sea el nuevo Paris de esta Elena, pero que hay quien suspira por esos rasgados ojos, que hay alguien á quien, siquiera en sueños, besan amorosos é inocentes esos rojos labios, que hay un ser por quien agitado palpita el corazón de esa hermosa niña, lo juraríamos sin miedo de hacerlo en falso.

Y si esto es así, como no puede dejar de ser, ¿ha acertado Blaas á imprimir estos afectos en el busto de su Elena? Por nuestra parte creemos que cumplidamente: ahora, juzguen nuestros lectores por la impresión que en ellos produzca el cuadro si nuestro juicio es imparcial ó si hemos pecado de exceso de benevolencia.

UN DUELO Á ESPADA Y DAGA
cuadro de Juan Pettie

Incluir al autor de este cuadro en el número de pintores melodramáticos sería un error imperdonable, pues mientras la escuela melodramática se caracteriza por el convencionalismo y las figuras y las escenas que reproduce son generalmente falsas, la escena y las figuras del lienzo de Pettie tienen vida y parecen arrancadas de la realidad de aquella época en que las pasiones, las costumbres y los mismos trajes abrían ancho campo á la imaginación de los artistas. Los dos personajes se baten con saña, sus rostros reflejan la ira y el odio que abrigan en sus pechos, sus actitudes son enérgicas y nada podría censurar en ellas el más exigente maestro de esgrima: el ultraje debe haber sido grave y la mancha inferida por uno y por otro sufrida es indudablemente de las que sólo se lavan con la muerte de uno de los contendientes. La soledad del sitio, la hora del desafío, las armas escogidas y la ausencia de testigos, á las claras indican que se trata de un duelo á muerte.

Pettie en su obra ha querido que toda la atención se concentrara en las dos figuras magistralmente ejecutadas: la sobriedad de que ha hecho gala demuestra que cuando se quiere pueden obtenerse grandes efectos con bien pocos elementos.

No extrañamos que «Un duelo á espada y daga» fuese una de las obras más admiradas en la Exposición celebrada en Glascow el año próximo pasado.

LOS TRES ENCUENTROS

CUENTO POPULAR

En aquel tiempo, ya lejano, en que la Virgen María y San Pedro solían de vez en cuando visitar nuestra tierra, y en que no había encrucijada sin cruz, ni altura sin ermita, ni calle sin santo, ni aldea sin convento, vivía en la villa de Tal una viuda virtuosa, noble y rica, que tenía dos hijos gallardos y gentiles, poco diferentes en edad, pero muy desemejantes en el carácter. Llamábanse Tono y Frasio; este era el mayor, y tendría como unos diez y seis años. Tono apenas llegaba á los catorce. Murió su padre cuando todavía este último se hallaba en pañales, pero la viuda, que era tan discreta como honrada, tomó sobre sí la carga de educarles en el santo temor de Dios, é hizo de ellos dos cumplidos caballeros. Los mejores maestros de la tierra fueron llamados para instruirles en el manejo de las armas y de los caballos, y en aquella parte de las ciencias y de las artes que, sin desdoro, podían entonces aprender los nacidos en elevada alcurnia. Mas aunque los ejemplos morales y las pláticas religiosas hubiesen sido idénticas para uno y otro, resultó no obstante una gran disparidad de inclinaciones y sentimientos. Tono era generoso, espléndido, no podía ver sufrir á nadie, y no duraba el dinero en su mano más tiempo que el rencor en su corazón. Frasio no daba nunca más de aquello que era estrictamente obligatorio, y aun esto, cuando no podía diferir por más tiempo el cumplimiento, ni escatimar nada de él. Si recibía alguna ofensa, no tardaba en tomar venganza, y tenía la mano pronta y pesada. Llegados á la edad antes mencionada, su buena madre consideró que para perfeccionar la educación de los hermanos, se hacía necesario que corriesen mundo, y al efecto decidió enviarlos al lado de su cuñado, hombre grave y respetable que tenía grandes posesiones y riquezas en un territorio muy distante de aquel donde vivían ella y sus hijos. Acordado este punto compróles hermosos trajes nuevos, dos magníficos caballos, dos espadas de Toledo, espuelas de plata, capas de rico paño, y con la bolsa bien repleta, y las alforjas bien provistas, les dió un abrazo á cada uno, la bendición á ambos, y la libertad para el viaje que emprendieron bajo la protección de la Santa Virgen María y de San Caralampio, abogado de los viandantes. No hay para qué decir con qué alegría emprendieron los dos jóvenes el camino viéndose dueños de sus acciones, y en trance de satisfacer su natural curiosidad de ver nuevas tierras, y su legítima ambición de aventuras caballerescas. Como los caballos que montaban eran fuertes, ligeros y vigorosos, y no comían cercenado el pienso, sino por el contrario muy abundante, en breve plazo recorrieron larga distancia, llegando á las pocas jornadas á una comarca en que ya no había la misma vegetación, ni eran unos mismos los trajes de los campesinos ni el dialecto igual tampoco al que se hablaba en el país de los jóvenes. Una mañana, atravesaban los dos hermanos conversando alegremente, una encrucijada, cuando, sentada al pie de una cruz, y con la cabeza oculta entre sus manos, vieron una pobre mujer que, al parecer, lloraba. Detuvo Tono su caballo, interrumpió de súbito el diálogo que con su hermano tenía entablado, y dirigiéndose á la viajante le preguntó la causa de su aflicción. Es que tenía un hijo, contestó ella entre sollozos, que era todo mi encanto y mi único sostén; le he perdido y he quedado abandonada á la piedad de las almas cristianas. Tono se sintió desde luego profundamente conmovido, pero Frasio, que á algunos pasos de distancia había escuchado la conversación con sonrisa incrédula y burlona, exclamó:

— No hagas caso, hermano. Arreglado estás si vas á creer todo lo que te digan cuantos holgazanes encuentres por el camino. ¿No comprendes que esa mujer es una pordiosera que está ahí al acecho de los viajeros? — ¡Cállate, por Dios, hermano mío! ¿no ves que tus palabras aumentan su aflicción? ¡Mírala! ¡Tiene la misma edad y el mismo cuerpo que nuestra madre, que Dios bendiga! — Inclinándose hacia la mendiga, la entregó su bolsa, con estas palabras: Tomad, hermana; no puedo hacer otra cosa por vos, pero ya rogaré á Dios que os dé consuelo. — La pobre tomó la bolsa y después de haberla besado, dijo: — ¡Dios os lo pague, señor! Y ya que habéis querido socorrer á esta pobre anciana, dignaos recibir como recuerdo esta nuez, dentro de la cual se encierra una avispa, cuyo aguijón es de diamante. — Tono guardó la nuez, y despidiéndose de la mendiga, prosiguió su camino con su hermano Frasio. No había pasado mucho tiempo, cuando llegaron á la entrada de un bosque, donde vieron un tierno niño casi desnudo, que iba escarbando entre las hojas secas y en los huecos de los troncos, al compás de una cantinela más triste que las lamentaciones de una misa de requiem. De cuando en cuando se detenía y golpeaba sus manos una con otra y se soplaba los dedos como para calentárselos exclamando: — ¡Ay qué frío! ¡Ay qué frío! — Y se le veía tiritar, oyéndose entrechocar sus dientecitos. Tono sintió agolpársele las lágrimas á los ojos, ante aquel espectáculo, y dirigiéndose á su hermano, dijo:

— ¡Ay Frasio! ¡mira el pobre niño cómo sufre de frío! — También es bastante friolero: no me parece que haya motivo para temblar de esa manera. — Es que tú llevas tu casaca de pana, y encima tu gabán de paño, y luego tu hermosa capa; y él va el pobre, casi en cueros. — Pero él debe estar ya acostumbrado á ir desnudo, como lo estoy yo á ir abrigado. — ¡Ah! ¡cuando pienso que podría el destino haberte colocado en su lugar! Se me parte el corazón al verle sufrir de este modo. — Y esto diciendo, refrenó su caballo, llamó al niño y le preguntó qué andaba buscando por allí. — Busco mariquitas. — ¿Y para qué las quieres? — Para venderlas cuando haya juntado una buena cantidad, y con el dinero que saque, comprarme un vestido bien abrigado que me haga ir caliente todo el invierno como si siempre hiciese sol. — ¿Tienes ya muchas? — Una nada más; — dijo el niño enseñando una jaulita de junco, en la cual había encerrado el insectillo rojo. — Venga, yo te la compro. — Y arrojándole su capa añadió: — Toma, cúbrete con esta hermosa capa que te abrigará bien, y todas las noches cuando te acuestes, reza un Ave María por Frasio, y otra por nuestra madre. — Siguieron su ruta nuestros caballeros, y el dadivoso Tono, despojado de su capa, sintió bastante al principio el helado soplo de la brisa, pero una vez cruzado el bosque, calmó algo el viento, se disiparon un tanto las nubes, y una ojeada de sol iluminó la tierra. Precisamente en aquel momento llegaban á una pradera que fertilizaba una fresca fuente. Al borde de esta se hallaba un anciano andrajoso, que tenía junto á sus pies el saco del mendigo, y entre las piernas el bastón del viandante. En cuanto vió á los caballeros, comenzó á implorarles con voz lastimera. Tono se detuvo. — ¿Qué se os ofrece, buen hombre? — dijo, llevando la mano á su sombrero, por respeto á la edad del mendigo: — ¡Ay hermanos míos! ¡ya veis cuán blancos son mis cabellos y cuán arrugada mi tez! Es que soy muy viejo. Mis piernas se han debilitado, el cansancio me ha rendido, y habré de resignarme á morir aquí como un perro, si uno de vosotros no se compadece de mí, y me vende su caballo. — ¿Venderte yo un caballo? ¿Y con qué nos lo pagarás? — preguntó Frasio al mendigo con aire de desprecio. — ¿Veis esta bellota vacía? En ella tengo guardada una araña que sabe fabricar unas telas más fuertes que el acero. Si me dais uno de vuestros caballos, yo os daré en cambio la araña y la bellota. — El mayor de los dos hermanos soltó la carcajada. — ¿Lo oyes, Tono? — dijo volviéndose hacia su hermano. — ¿Qué te parece la proposición? El pobre viejo chochea. A lo cual el más joven contestó con cierta humildad: El pobre no puede dar más de lo que tiene. — Y acto continuo echó el pie á tierra, se adelantó hacia el mendigo llevando el caballo del diestro y dijo: — Tomad mi caballo, buen hombre; no por el precio que ofrecéis sino en re-

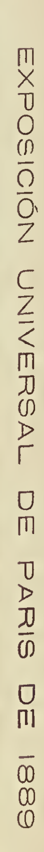


¡EH DE LA BARCA! cuadro de R. Knight, reproducido directamente del original

cuerdo del buen Jesús que ha dicho que los miserables son los escogidos de su corazón. Tomadlo como propiedad vuestra, y dad gracias á Dios que se ha servido de mí para ofrecéroslo. – El anciano llenó de bendiciones al caballero; tomó el caballo, montó en él con ayuda del joven, y desapareció por la pradera. Frasio no pudo contenerse ante este último rasgo de desprendimiento de su hermano, y lleno de cólera le apostrofó en estos términos: – Pero ¿has perdido el juicio? No puede ser otra cosa, *¡Adan* más que *Adàn!* ¿Que has creído que ahora voy yo á dividir contigo mi cabalgadura, mi capa y mi dinero? No por cierto: quiero que la lección te aproveche; quiero que conozcas á tus costas los efectos de tu desatinada prodigalidad, á ver si en lo sucesivo eres más económico. – No, hermano mío, no, jamás he pensado en tal cosa. No pretendo tener parte alguna ni en tu dinero ni en tu capa ni en tu caballo; disfrútalo tú solo todo, sigue tu camino, y que la Virgen te acompañe y te guarde de mal. – Frasio nada contestó, y partió al trote de su cabalgadura, en tanto que Tono siguió á pie su viaje, contemplando con mirada serena y sin ningún resentimiento de su corazón cómo su hermano se alejaba. De esta manera llegaron hasta la entrada de una estrecha garganta cerrada á uno y otro lado por altísimas montañas cuyas cimas se perdían en las nubes. Llamábase aquel paso el *Puerto maldito*, en razón á que en las sobredichas alturas habitaba un *ogro* que desde allí acechaba el paso de los viajeros, como acecha el cazador el paso de la pieza. Era el *ogro* un gigante ciego y sin pies, pero con un oído tan sumamente fino, que distinguía el ruido de la araña cuando teje la tela en su agujero.

Tenía por sirvientes dos águilas amaestradas, á las cuales enviaba á coger la presa en cuanto el más leve ruido le anunciaba la presencia de algún mortal en aquellos vericuetos. Por esto los naturales del país atravesaban el *Puerto maldito*, siempre con los zapatos en la mano, como cuentan que hacía *Gerinaldos*, y sin osar apenas respirar, temerosos de ser oídos por el *ogro*. Frasio, que no estaba en antecedentes, entró en la garganta sin ningún cuidado, y al estrépito que en aquellas soledades producía el choque de las herraduras de su caballo contra las piedras, el gigante se despertó. – ¡Ah de mis lebreles! – exclamó. El águila negra y el águila roja acudieron inmediatamente lanzando un ligero y respetuoso graznido que parecía querer decir: – Presentes! – Ved quién pasa y traédmele para cenar esta noche. ¡Au! – Las dos águilas salieron disparadas por los aires como dos balas de arcabuz, cayeron con la rapidez del rayo sobre el descuidado viajero, clavaron sus aceradas garras en la hermosa capa de paño, y lo arrebataron raudas y alborozadas dando gritos de victoria. En aquel momento llegaba Tono á una alturita desde donde se distinguía la entrada del *Puerto maldito*. Conoció á Frasio, presenció su rapto, lanzó una exclamación de terror, y tendió los brazos como para rescatarle. Pero las águilas habían ya desaparecido entre las nubes. Después de un instante de vacilación, Tono consternado y abatido cayó de rodillas, pero de súbito como asaltado por una repentina inspiración, alzó las manos al cielo y lleno de religioso fervor exclamó: – ¡Señor Todopoderoso, que has criado el cielo, y la tierra! salva á mi hermano. – No incomodes á Dios padre por tan poca cosa, – dijeron tres voces que parecían inmediatas á Tono. Este se volvió asombrado, y mirando á todos lados sin ver á nadie, preguntó: – ¿Quién ha hablado? ¿quién sois? ¿dónde estáis? – En el bolsillo de tu ropilla, – contestaron las tres voces. El joven metió en seguida su mano en el bolsillo y sacó de él la bellota, la nuez y la jaulita, que encerraban los tres insectos más arriba mencionados. – ¿Sois vosotros los que pretendéis salvar á Frasio? – les interrogó Tono. – ¡Nosotros, nosotros, nosotros! – contestaron con sus tres voces diferentes los tres insectos. – ¿Y cómo os lo habéis de arreglar, infelices? – replicó Tono. – Danos la libertad y verás nuestra maña. – El joven hizo lo que sus prisioneros le habían pedido y en cuanto estos se vieron libres comenzaron su trabajo de esta manera. La araña se colocó sobre un árbol y comenzó á tejer una tela sólida y brillante como el acero: luego montando sobre la *mariquita* siguió extendiendo los hilos que se desarrollaban en forma de escala colgante, por la cual iba subiendo Tono á medida que se alargaba hasta llegar por ella á la cumbre de la montaña. Una vez allí entró en funciones la avispa que revoloteando delante de su joven amo le condujo á la misma guarida del gigante. Era esta una gruta labrada en el interior de la roca, y tan alta y espaciosa como una catedral. En el centro de ella y sentado en el suelo, se hallaba el *ogro* sin ojos y sin piernas, el cual al compás de su cuerpo que se balanceaba como una palmera, entonaba una monótona canción. Al mismo tiempo que cantaba, el gigante estaba arreglando grandes lonchas de tocino que preparaba cuidadosamente para mechar al pobre Frasio. Este yacía sin sentido sobre el pavimento, boca abajo, y con los pies y las manos convenientemente atados sobre la espalda, como un pollo arreglado para el horno. Un poco más allá y junto á la chimenea, se hallaban las dos águilas igualmente ocupadas que su amo. La una atizaba el fuego. La otra estaba armando el asador. El ruido que hacía el *ogro* con su cántico y la atención que ponía en cortar el tocino, le impidieron oir el rumor de la aproximación de Tono y de sus tres compañeros. El águila roja fué la primera que los distinguió é inmediatamente se arrojó sobre el joven viajero. Ya estaba á punto de clavar en él sus fuertes uñas cuando la avispa adelantándose, clavó su aguijón de diamante en los ojos del animal. Igual suerte sufrió el águila negra que acudió en defensa de su compañera. Al grito de dolor lanzado por las dos aves tan cruelmente castigadas, se incorporó el gigante que alargando el cuello é inclinando la cabeza hacia el lado de donde había salido el doble quejido, trataba de adivinar lo que ocurría, conservando todavía el cuchillo en una mano y un trozo de tocino en la otra. Pero la avispa sin perder un solo momento se lanzó sobre él y comenzó á inferirle picaduras sin cesar un punto. El gigante que no se podía defender de aquel enemigo diminuto y ligero, en vano removía con furia sus enormes brazos que semejaban las aspas de un molino de viento; como no tenía ojos no la podía atrapar, como no tenía pies le era imposible menearse del sitio. En el colmo de la desesperación se dejó caer boca abajo, creyendo que de este modo se libraría de las picaduras de aquel aguijón de fuego, pero entonces le tocó su vez á la araña que acudiendo presurosa tejió una tupida y fuerte tela de acero sobre el cuerpo del gigante, que ya no se pudo mover en ningún sentido. En vano era llamar en su auxilio á sus dos fieles águilas; éstas volviéndose crueles como todos los esclavos cobardes, en el mismo instante en que vieron á su tirano vencido y anonadado, libres del temor que hasta entonces las inspirara, se arrojaron con furia sobre él y comenzaron á desgarrar sus carnes á picotazos, á través de la telaraña de acero, arrancando un jirón de carne á cada picotazo.

De este modo, y despreciando los dolorosos gritos del gigante, que rugía como un león preso en el lazo, se lo fueron comiendo poco á poco hasta dejar al descubierto la osamenta. Entonces, ahitas ya, se acurrucaron entre el enorme esqueleto, y como la carne del ogro tiene la cualidad de no poderse digerir, las dos águilas reventaron al poco rato, sin haberse vuelto á levantar. Mientras todo esto sucedía, Tono había desatado las ligaduras que sujetaban á su desgraciado hermano, y abrazándole llenos de lágrimas los ojos, por la alegría de verle sano y salvo, le sacó de la cueva del ogro y le condujo al borde de la roca. Casi al mismo instante, la *mariquita* y la avispa se presentaron enganchadas á la jaulita del junco que se había transformado en una magnífica y espléndida carroza, en la cual, debidamente invitados por los dos insectos, subieron y se instalaron Tono y su hermano. Inmediatamente y á guisa de lacayo de casa grande, la araña se colocó en la trasera, y á una señal que hizo con una de sus patas, el tren partió con la velocidad del rayo. De esta manera cómoda y descansada y sin tropiezos


EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

HILOS DE LA VIRGEN cuadro de M. Hipólito Lucas, grabado por Baude

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1889.



LA OLA, cuadro de Mme. Demont-Bretón, grabado por Baude



ESTUDIO, de Federico Hiddemann

ni vaivenes (pues las carreteras del aire se hallan siempre en buen estado) atravesaron Frasio y Tono los prados, los bosques, los ríos, las montañas y los pueblos, hasta llegar frente al castillo de su tío. Al llegar allí la carroza, bajó á tierra y continuó su camino rodando hacia el puente levadizo, en donde los viajeros pudieron ver sus dos caballos que les estaban esperando; y en el arzón de uno de ellos, el de Tono, distinguieron con creciente asombro colgadas la bolsa y la capa de éste. Pero la bolsa parecía más grande y más rellena, y la capa se hallaba toda ella cuajada de bordados hechos con diamantes. El joven, maravillado, quiso preguntar á la araña-lacayo qué significaba aquello, pero al volverse observó que la carroza había desaparecido y que en lugar de la *mariquita*, de la avispa y de la araña, se veían tres ángeles resplandecientes de luz y de hermosura. Los dos hermanos aterrados, cayeron de rodillas, y entonces, uno de los ángeles más hermoso y mejor ataviado se adelantó hacia Tono, y le dijo estas palabras: – No temas nada, corazón generoso y noble; pues la mujer, el niño y el anciano á quienes has socorrido, no eran otros que la Virgen María, el Niño Jesús y San José. Ellos nos dieron orden para que te acompañásemos, y pudieses hacer tu viaje sin peligro; ahora que ya has llegado á su término, ha concluído nuestra misión, y nos volvemos al paraíso. Pero acuérdate de lo que ha sucedido, y que te sirva de ejemplo. – Dicho esto, los tres ángeles abrieron sus alas, y se elevaron por los aires como tres palomas blancas, repitiendo el *hosanna* que se canta en las iglesias.

Carlos Quevedo

MIRTILA Y SUS TRES ENAMORADOS

(Conclusión)

La cena fué alegre y bastante rociada, porque el Tío Rata había añadido al contingente de vinos una botella más.

Al llegar al cascajo, y satisfechos ya los estómagos, comenzaron las disertaciones chispeantes.

Alegría cantaba coplas atrevidas.

El Pérdis recitaba versos de su abuelo el primo de Meléndez Valdés, y queriendo hablar de astronomía (que era su fuerte) llamaba alfalfa á la estrella Alfa.

En cuanto al Tío Rata, oía embebecido á Mistris Mirtila, porque ésta que tenía no el estómago pero sí el gaznate agradecido, queriendo halagar al alcantarillero, que representaba allí la potencia del dinero, hizo una minuciosa y erudita disertación de los albañales antiguos y modernos, diciendo después: – Las sentinas y albañales representaban un gran papel en la edad media, en el bajo imperio y en el antiguo Oriente. La peste nacía en ellos y los déspotas iban allí á morir. Las multitudes miraban casi con temor religioso esos lechos de podredumbre, cunas monstruosas de la muerte. El foso de los gusanos de Benares no era menos vertiginoso que el de los leones de Babilonia. Teglat-Falasar, según los libros rabínicos, juraba por la sentina de Nínive como los dioses por la laguna Stigia. Del albañal de Munster hacía salir Juan de Leide su falsa luna. v del pozo-cloaca de Negscheb, su menecmo oriental, Mokannâ, el profeta encubierto del Korasán, hacía salir su famoso sol.

Ninguno de los oyentes comprendía estos trozos, tomados quizá de algún viejo librote, pero todos admiraban la elocuencia de la dama inglesa, amenizada con algunos sorbos de aguardiente.

A las dos de la mañana, todos (menos Mistris Mirtila) estaban algo peneques y soñolientos.

El Tío Rata puso fin al festín diciendo:

«Debemos acostarnos. Mañana, primer día de Pascua, es muy ocupado para mí: tengo que recoger propinas.»

Con efecto, poco después, la inglesa se encerró en su chiribitil, llevándose la botella de aguardiente casi vacía, único líquido que quedaba, y los tres hombres, después de desnudarse, se tendieron en sus camastros.

¡Quién había de decirles que aquella noche tan buena, debía ser tan fatal!

V

Mistris Mirtila no dormía. Tenía al lado de su cama un cabo de vela encendido, y vaciaba en frecuentes tragos los restos de la botella de aguardiente.

Tendida sobre su jergón lleno de correderas, y vestida, se retorcía en él como una culebra.

El aguardiente tocó á su fin, y á la inglesa, que era el genio de la chispa, habíasela calentado la boca.

El alcohol y los ronquidos de sus huéspedes la producían una excitación nerviosa.

La vaga claridad del día penetraba por una claraboya practicada cerca del techo.

De repente la desvelada hija de Albión concibió un proyecto digno de ella. Levantóse de un salto y sin hacer ruido, y salió á la habitación exterior...

El Tío Rata, que era el más ocupado, fué el primero que se despertó á las ocho de la mañana.

Buscó su ropa para vestirse y no hallándola, despertó á sus compañeros, que se incorporaron sobresaltados en sus catres. Enteróles de la pérdida, se levantaron en paños menores y ¡oh, asombro! notaron todos el eclipse de sus prendas de vestir.

En el mes de diciembre y para gentes que no tenían más que un traje, aquello era perturbador.

Sólo encontraron los respectivos calzados, el sombrero del Pérdis y las gorras de los otros dos. Supusieron una excentricidad de Mistris Mirtila, y llamaron á la puerta de su cuarto, que estaba cerrada.

La inglesa no contestó, y en vano menudearon los golpes estrepitosamente.

El Tío Rata estaba furioso, porque ya faltaba á su obligación.

Creyendo que su amable patrona no respondía de borracha, determinaron echar la puerta abajo. Además sentían un vago recelo de que hubiera podido suceder algún accidente.

La puerta era vieja y endeble. Los tres hombres adunaron sus esfuerzos y pronto consiguieron hacer saltar la cerradura.

Penetraron en el chiribitil... estaba vacío; sólo vieron algunas cucarachas sobresaltadas por el ruido.

La botella vacía estaba tirada en el suelo. El cabo de vela consumido había dejado una gran mancha en uno de los ladrillos.

Registraron los rincones de aquel tugurio por ver si encontraban sus ropas perdidas, pero sólo hallaron colecciones de trapos pertenecientes á Mistris Mirtila.

¿Qué hacer en tal conflicto? ¿Cómo proporcionarse traje para salir á la calle?

Quizá á alguno de ellos ocurriósele la frase de: ¡oh, amor! ¡cómo me has puesto!

El Tío Rata era el más azorado, porque tenía que acudir á la lista matinal de los empleados en el alcantarillado. Ocurrióesele una idea, se asomó al corredor y llamó á un chicuelo de la vecindad, por medio del cual mandó un recado urgente á un primo suyo mozo del Hospital General, pidiéndole una chaqueta y un pantalón.

En tanto que el chiquillo cumplía su encargo, los tres enamorados en paños menores, hacían comentarios respecto á Mistris Mirtila. ¿Qué había sido aquello?

Yo creo que Alegría, aunque el más ignorante de todos, se acercó á la verdad cuando dijo: «Lo que yo supongo que ha pasado es lo siguiente: á la señora Mirtila se le calentó la boca, pues ya saben ustedes que tratándose de beber es insaciable. Como no había ya de qué, y como no hallara dinero en nuestros bolsillos, ocurrióse le vender nuestras ropas, que ahora estarán probablemente en alguna trapería del Rastro. Esto es lo que ha pasado, y á estas fechas la buena señora tendrá una curda de primera clase.»

Mientras hacían estos y otros comentarios y suposiciones, volvió el muchacho acompañado del primo del Tío Rata, que traía las prendas pedidas. Este se las vistió y entretanto dijo su primo, que conocía á Mistris Mirtila:

– ¿Dónde anda tu patrona?

– No lo sé. En los infiernos acaso, – contestó el Tío Rata con desabrimiento.

– Lo digo al tanto de que al pasar por el Colegio de San Carlos para venir aquí he visto por la reja una mujer *tendía* en la tarima donde ponen los *cadavres*, y aunque no me he *enterao* bien, por venir de prisa, se me figura que se *paece* á la inglesa.

Estas palabras sobresaltaron á los tres enamorados. Aquel fin era digno de Mistris Mirtila y por lo tanto nada inverosímil.

«Pronto sabremos lo que sea, – dijo el Tío Rata al marcharse. – Ahora mismo voy á enterarme.»

Con efecto, mientras los otros se quedaban forzosamente en casa, por motivo de su desnudez, el alcantarillero fué á la calle de Atocha y miró á través de la reja de la pieza en donde se exponen los muertos desconocidos.

La que allí estaba era Mistris Mirtila.

Tenía puesto su inmenso sombrero, de una de cuyas bridas pendía una zanahoria, atada quizá por algún chusco. El semblante de la inglesa presentaba una mueca risueña, como si después de muerta se burlase de sí propia. Todo su traje estaba salpicado de barro, y en su pie derecho faltaba una de sus botas-chanclas.

Al hacer la autopsia no se la encontró lesión exterior si se exceptúa un ligero arañazo junto á la nariz.

Había sido hallada tendida y muerta en la plazoleta que forma el final de la calle de Santa Isabel, y los médicos certificaron que había fallecido á consecuencia de una congestión cerebral.

Se pensó en destinarla á la sala de disecciones, pero el Tío Rata se opuso y la costeó un mínimo entierro en el cementerio no católico, por pertenecer la muerta á la iglesia anglicana.

Desde aquel funesto día los tres tipos prendados de Mistris Mirtila han vuelto á caer en el marasmo de la vegetación.

El Tío Rata apenas sale de la alcantarilla.

Alegría ha perdido en parte la suya, y bebe más, sin duda para honrar la memoria de la que amaba.

En cuanto al Pérdis de la media negra, ha abandonado por completo sus trabajos científicos y literarios y apenas puede digerir el rancho del cuartel de la Escolta Real.

Pronto habrá un cadáver más.

F. Moreno Godino

MONÓLOGO DE UNA MOSCA

– ¡Qué injustos son los hombres! Tienen estereotipada la frase: ¡nos persiguen las moscas! Y las moscas deberíamos decir con más razón: ¡nos persiguen los hombres! Somos, según ellos, los insectos más insufribles, repugnantes y odiosos. Y nos calumnian, fundándose en el juicio de naturalistas, que nada tienen de naturales. Todo lo inficionamos, según los moscones que calumnian á las moscas. Y de aquí la inquina incesante y desapiadada, que motiva nuestra persecución. ¡Guerra á muerte á las moscas! dicen y hacen los hombres. ¡Guerra á muerte á los hombres! hemos de decir y hacer las moscas.

– Infectamos, inficionamos, emponzoñamos todo: estorbamos á los que se dedican á trabajos fuertes, y molestamos á los que se consagran á trabajos sedentarios... ¡Ingrata humanidad! No recuerdan que nuestras larvas, depositadas en las carnes muertas, en los animales putrefactos, son el desinfectante más precioso para la salud pública. Las moscas debieran formar parte del Consejo de Sanidad... con tanta razón como este buen doctor, en cuya casa me he aposentado, y que me trata con la saña que á un cliente. So pretexto de que me poso en su venerable calva, y de que mariposeo, ó mosqueo, en torno suyo, ha apelado á todos los ardides inventados para «cazar moscas,» digno oficio de un sabio. Y el ardid más sencillo y primitivo es el de darse fuertes palmadas mientras yo huyo y me río de él, zumbando en sus oídos...

– ¡Qué tontos son los sabios! Le he oído no sé cuántas disertaciones acerca de las moscas, que según él es un género de dípteros ateríceros con numerosísimas especies. Y otros doctores, tan doctos como él, le escuchan embobados cuando habla de moscas comunes ó domésticas, moscas azules, moscas meteóricas, moscas gigantes, moscas-abejas, moscas-arañas, moscas parásitas, moscas de perro, moscas de cuernos, moscas voladoras, moscas saltadoras, moscas vegetantes, moscas vibrantes, moscas de San Juan y moscas de San Marcos... Y, sin embargo, apelan al «mosquero,» y al «espanta-moscas,» y á las ramas de albahaca, y á los artefactos inventados en los *restaurants* para cazarnos, y á dárse bofetadas, olvidando que «más moscas se cazan con miel, que con vinagre.» Yo me vengaré de sus malas pasadas y de su falsa erudición, demostrando que «no hay enemigo pequeño,» y que no hay enemigo más grande que una mosca. Mi implacable enemigo morirá sin saber por «dónde viene la muerte,» ó, lo que es lo mismo, sin saber «qué mosca le ha picado.»

– La ocasión es oportuna. Está escribiendo. La inspiración le abstrae, y así se cuida de las moscas que le pican como la luna de los perros que la ladran. Tengo en mis manos el veneno... Como que vengo del depósito de cadáveres, donde no se toma precaución alguna para im-

pedirnos la entrada. A los muertos «no les pican las moscas,» pero las moscas que pican á los muertos pueden matar á los vivos. Sigue escribiendo... Es un tratado acerca de las moscas. Yo te inspiraré y dictaré «la última palabra.» Entretanto, voy á hacerte una caricia en las narices... ¡Ea! escribe en paz. Ya que de moscas escribes, tú verás «la obra» de las moscas.

– Las infames moscas – oigo exclamar á mi sabio, dándose un papirotazo en las narices, – no me dejan en paz. Parece que conocen que escribo de ellas, y exacerban mi cólera. Pero sigamos escribiendo. – «El Oriente estuvo infestado de moscas desde la más remota antigüedad. En Egipto hubo una verdadera plaga, un río de moscas, según la frase gráfica de un erudito escritor. Para librarse de ellas, los egipcios se encomendaban á un «dios de las moscas,» á un dios tutelar que no fué otro que Belzebuth ó Belcebub, que probablemente se escribiría Baal-Zeboub, palabra que significa el dueño ó el señor de las moscas. La palabra mosca se deriva del sanscrito *mâsika*, corresponde al griego *muia*, al latín *musca*, y es una de las pocas palabras que conservan visible la forma primitiva en las lenguas modernas, privilegio lingüístico concedido á pocos nombres y que goza el de animal tan molesto y repugnante.»

– Ráscate las narices, sabio ilustre, sin saber «qué mosca te ha picado.» Yo seguiré inspirándote, que el viento de la inspiración puede ser el zumbido de una mosca. Dí, pues, que las moscas han gozado y gozan de otros privilegios, y que su nombre se ha aplicado en ciencias y artes y consagrado en frases que repiten los sabios del vulgo y el vulgo de los sabios. «Mosca,» en mecánica, es el engranaje que en algunas máquinas de vapor hace el oficio del paralelogramo de Watt; en medicina, un vejigatorio de cantáridas, que se llama «moscas de Milán;» en astronomía, una pequeña constelación situada encima de Aries, que Boyer y La Caille llamaban *Lis* ó *Flor de Lis*, y otra constelación austral, situada á los pies del Centauro, entre el Camaleón y la Cruz, que también se denomina *Apis* ó *Abeja;* en marina, un aviso pequeño que sirve para comunicarse los comandantes de una escuadra; en música, una cuerda que sirve de pedal; en esgrima, una especie de botón de piel para cubrir la punta del florete. «Moscas de invierno» se llaman, por metáfora, los copos de la nieve. «Matan las moscas á veinte pasos» los que tienen fetidez de aliento, que nombró varias veces Marco Aurelio. «Gastan mosca,» los que se dejan una especie de sobre-perilla en el labio inferior. «Hacen de una mosca un elefante,» los amigos de la exageración y de la hipérbole, los que aumentan y abultan las proporciones de las cosas. «Moscas» se llamaron en la antigua Roma los convidados importunos, los gorrones, los parásitos. «Moscas» se llama en la policía á ciertos agentes, lo que hace decir á Alfonso Karr que «la miel caza las moscas, y los miembros de una policía bien organizada deberían á su vez coger la miel. Y «patas de mosca» se llama la escritura menuda y mal formada como la que empleas para escribir ese tratado acerca de las moscas.

– Pero mi sabio sigue rascándose las narices. Aquel picor insólito principia á inquietarle, y se contempla en un espejo. Su nariz ha crecido más de prisa que su ciencia. Se aplica no sé qué tópico, y exclama con olímpica indiferencia: – ¡Estoy hecho un *Nasón!* Pero ¡no importa! La ciencia tiene remedios para todo... hasta para hacer narices nuevas. ¿He de alarmarme por una pequeña inflamación?... Consignemos algunos datos de erudición, y mosqueemos al rededor de las moscas, ya que la inspiración me favorece. – Y escribe:

– Para mayor sarcasmo, el nombre de este insecto repugnante se ha empleado en la *toilette* de las mujeres más hermosas, sobre todo en otras lenguas. Es, ó ha debido ser, algo parecido á la moda de pintarse lunares, ó gastarlos artificiales. Parece que entre los persas y los árabes era signo de belleza el llevar manchas negras en el rostro. Parece también que en Europa se introdujo esa moda en tiempo de las Cruzadas. El ingenioso La Fontaine alude á esta moda en su fábula «La Mosca y la Hormiga,» y dice la seguía toda dama *allant en conquête*. Había nueve modos de «ponerse las moscas» y de ello hizo un verdadero arte Mme. Pompadour. – El «juego de la mosca» data del siglo XVII, y el jugador que reune cinco cartas de un color «tiene la mosca.» D. José de Villaviciosa escribió, hacia 1613 ó 1615, *La Mosquea*, poema burlesco de unos 10.000 versos, comparable sólo á *La Gatomaquia*, de Lope de Vega, y que, por sus descripciones, combates y trama del poema, recuerda los de Homero, Ariosto y Tasso. – «Orden de la mosca» se llamó la condecoración descubierta en 1859 en el alto Egipto, en el sepulcro de la madre del rey Ahmes, fundador de la XVIII[a] dinastía, que consistía en un collar de oro macizo con tres moscas suspensas. – Y «orden de la mosca de miel,» ó sea de la abeja, fué la instituída en las bodas de Ana Luisa de Borbón con el duque de Maine, en 1703, cuya divisa, refiriéndose á la pequeña estatura de Ana Luisa, se tomó de la *Aminta* del Tasso: *Piccola sí, ma fa piu gravi le ferite;* muy pequeña, pero hace las heridas muy grandes.



ELENA, cuadro de E. de Blaas, grabado por Bong

– Pero ¿qué es esto?... El sabio se interrumpe, se mira de nuevo al espejo, se alarma más y más, llama á sus criados, se aplica nuevos remedios y envía á buscar otros doctores. Su nariz sigue creciendo de un modo desconsolador. Adquiere las proporciones y los colores de una remolacha ó de una berenjena. Se sepulta en el lecho, porque el lecho en muchas enfermedades es la antesala del sepulcro. Y delira. Pero delira como deben delirar los sabios: con la ciencia. Verdad es que la ciencia casi siempre es un delirio. Oigámosle:

– La entomología lo dice. La mosca es un insecto díptero aterícero, de cuerpo oblongo y casi cilíndrico, de cabeza globulosa, con dos ojos grandes de facetas y tres pequeños y lisos, con antenas en la frente compuestas de tres articulaciones, dos erizadas de pelos y otra más larga y prismática. Su cavidad bucal está provista de una trompa membranosa y retráctil y dos labios, tiene tentáculos filiformes, alas grandes y horizontales, patas largas terminadas en dos ganchos y cubiertas de grandes pelos, y abdomen que en las hembras termina en un oviducto un poco saliente. – Y el buen hombre sigue hablando de las larvas, que viven en la comida y en la putrefacción, y de las clases de moscas, de la doméstica, la de buey, la vitripenna, etc., etc.

– Los doctores acuden. Examinan ávidamente la nariz, pero con la lentitud propia de los más doctos doctores. La nariz sigue creciendo. Los doctores consultan y discuten. «Reunión de rabadanes»... enfermo muerto. ¡Qué pozos de ciencia, qué arcones de saber! ¡Qué multitud de nombres técnicos, y qué disertaciones tan científicas! Y, sobre todo, ¡qué diversidad de pareceres! Hay tantos como doctores. ¡Oh arcanos de la ciencia! Para todo tiene explicaciones. Cada cual atribuye la enfermedad á una causa diferente... Y entretanto el enfermo empeora, se agrava... y todos convienen en una sola cosa: en que se muere.

Si el zumbido de una mosca se pudiera «sentir» como sus picaduras, yo les diría con el mayor placer:

– Ilustres doctores: ¿recordáis la fábula de La Fontaine, titulada: *La mosca y el coche?*... Pues algo parecido ha sucedido aquí. La mosca de La Fontaine picaba á los caballos, á la lanza del coche y al desesperado cochero, para acelerar la marcha del vehículo. Y, cuando llegaron al fin de su viaje, se permitió decir: – «Señores caballos, páguenme Vds. mi trabajo.» – Del mismo modo yo, que, como buena mosca, vivo de la putrefacción y de la muerte, he traído, con mis tentáculos filiformes, la corrupción y el veneno de un cadáver, y lo he inoculado... ¡en las narices de un sabio! Y, mientras os devanáis los sesos para saber el nombre de su enfermedad, el sabio agoniza, los doctores discuten y una mosca se ríe. Ahora yo puedo deciros: señores doctores, he matado á un doctor; páguenme Vds. mi trabajo. Una mosca les enseña una nueva enfermedad; y basta una mosca para confundir á muchos sabios. – ¡Hombres despiadados! hacéis guerra á las moscas, y olvidáis que «no hay enemigo pequeño.» ¡Doctores sapientísimos! escribís *de omne re scibile*, hasta de las moscas, y morís sin saber «qué mosca os ha picado.»

LUIS COLL

Madrid 30 de abril de 1889

UN DUELO Á ESPADA Y DAGA, cuadro de Juan Pettie (Exposición de Glascow)

CRONICA CIENTIFICA

EL GRAFÓFONO DE M. CARLOS SUMNER TAINTER

El arte de registrar la palabra y de reproducirla á voluntad que hasta hace poco había sido considerado simplemente como una curiosidad científica sin ningún alcance práctico está en vísperas de transformar los procedimientos ordinarios de correspondencia rápida, tales como la taquigrafía y la máquina de escribir.

Gracias á recientes perfeccionamientos que la Exposición de París acaba de revelar á la vieja Europa, perfeccionamientos en parte debidos á Edison y en parte á Monsieur Carlos Summer Tainter, el arte fonográfico se convierte en un sencillo procedimiento y el aparato de aplicación hácese accesible al mayor número, como ya lo son, aunque por títulos diferentes, los velocípedos, los aparatos de fotografía y la máquina de escribir.

Las modificaciones introducidas por Tainter en el fonógrafo de Edison hacen del grafófono un aparato original y nuevo que no tiene de común con aquél más que el objeto que se persigue y el principio general que ha inspirado á todos los inventores de aparatos similares, diferenciándose de él por haber sustituído el *estampado* en la hoja de metal por el *grabado* fonográfico y el recorte de la cera.

El aparato consta de cuatro partes: el sistema mecánico ó de impulsión del cilindro, el sistema registrador *(recorder)*, el sistema repetidor *(reproducer)* y el sistema motor y regularizador de velocidad.

Consta el primer sistema de un eje horizontal con una polea que recibe el movimiento del motor por medio de una cuerda: dos pequeños botones colocados á la derecha del aparato permiten engranar ó desengranar á voluntad el mecanismo de impulsión. Los cilindros de inscripción son de cartón cubierto de cera, tienen 15 centímetros de longitud y 32 milímetros de diámetro, y giran con una velocidad angular normal de 180 á 190 vueltas por minuto. El avance de los sistemas reproductor é inscriptor sobre el cilindro es de 26 milímetros por minuto, de modo que el cilindro puede registrar mil palabras ó sea una conversación de cinco minutos: la huella del filete cortado por el inscriptor varía entre $^1/_6$ y $^1/_7$ de milímetro.

Un sistema de engranajes une el mecanismo de impulsión del cilindro á un tornillo horizontal calculado de manera que los aparatos de inscripción y de reproducción, que se sustituyen segun las fases del funcionamiento del aparato, avancen horizontalmente de izquierda á derecha con una velocidad de 26 milímetros por minuto.

El sistema registrador compónese de una delgada lámina de mica con una planchita cortante que roza con el cilindro, en el cual traza, en estado normal, una espiral finísima recortando un rizo de cera de menor grueso que un cabello: en cambio cuando se habla delante del aparato las vibraciones de la placa hunden más ó menos la punta del estilete, que entonces traza un cerco más ó menos accidentado pero casi imperceptible á simple vista.

El sistema reproductor es completamente distinto del registrador y constituye una feliz modificación que ha contribuído por mucho á hacer práctico el aparato. Sumner Tainter no ha pretendido reproducir la palabra en alta voz sino que ha procurado construir un aparato que la reproduzca débilmente, pero de una manera clara y que permita repetir muchas veces el fonograma sin deteriorar apenas la inscripción. A este efecto compónese el sistema reproductor de un pequeño aparato en forma de ebonita cuyo extremo termina en una pequeña punta de acero articulada á modo de palanca, una de cuyas puntas se apoya en el cilindro y lleva un cordoncillo tirante que termina en el centro de un disco delgado de celulóidea de 18 á 20 milímetros de diámetro. La punta de acero al rozar con la superficie accidentada del cilindro transmite sus vibraciones al disco gracias al cordoncillo, y desde allí por medio de un tubo de cautchú á dos pequeñas bocinas que el oyente se fija en las orejas.

La figura 1 representa el aparato funcionando durante el período de inscripción y la figura 2 lo reproduce en el período de la reproducción.

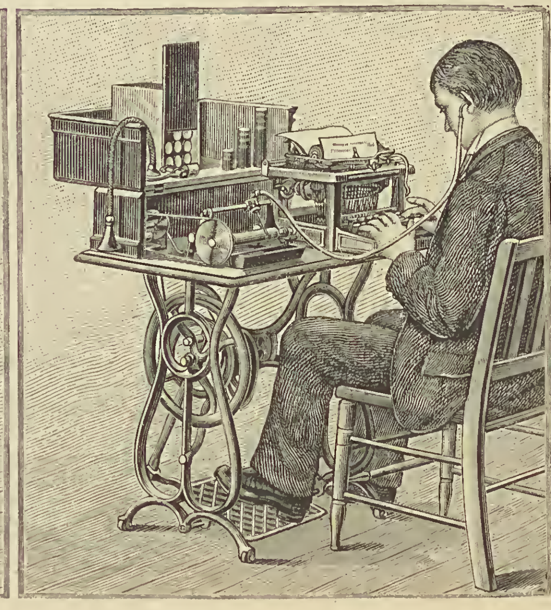
Para el sistema motor se ha apelado, después de varias tentativas, á un sencillo pedal: la impulsión del cilindro se verifica por la mediación de dos discos de fricción cubiertos de *leatheroidea* (succedáneo del cuero) que permanecen en contacto hasta el momento en que la velocidad angular del aparato es suficiente: entonces un regulador de fuerza centrífuga separa el disco fijo en el árbol del motor á pedal del disco fijado en el eje que gobierna el fonógrafo por medio de una correa, á fin de amortiguar las vibraciones mecánicas que un engranaje elástico podría transmitir. Desde ese momento el eje del pedal gira en el vacío y no vuelve á mover el árbol del aparato hasta el momento en que la velocidad disminuye lo suficiente para que de nuevo se produzca el engranaje. De modo que basta que la velocidad angular del motor sea mayor que la del aparato para asegurar á éste una velocidad angular constante é independiente de la mayor ó menor regularidad del sistema motor.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el aparato de Tainter, susceptible de varias modificaciones gracias á las cuales se puede registrar una conversación entre dos personas, conservar una copia de las palabras registradas cuyo original haya de remitirse á otra persona, etc., etc.

Muchas son las aplicaciones del grafófono, sobre todo combinado este aparato con la máquina de escribir; las ventajas que gracias á su sencillez tiene, generalizará indudablemente su uso, con lo cual quedará desmentido el antiguo proverbio: *Verba volant, scripta manent.*

(Tomado de *La Nature*)


Fig. 1. – Grafófono (inscripción)


Fig. 2. – Grafófono (reproducción)

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN